

Otras miradas hacia el ambiente: Agroecología y agricultura urbana como acciones alternativas de soberanía alimentaria en el paisaje metropolitano de Rosario.

Laura Ciarniello* y Cecilia Galimberti**

Introducción

Desde la segunda mitad del siglo XX y especialmente en Latinoamérica, las grandes transformaciones en la producción agropecuaria de la denominada Revolución Verde consolidan modelos de desarrollo liderados por el capital que ocasionan profundos efectos nocivos para el ambiente. Un proceso que prometía abastecer alimentos a toda la humanidad profundizó las desigualdades y estimuló la concentración de la tierra, endeudando a la población rural y deteriorando el ambiente. Asimismo, consolidó una distribución dispar entre países, en la que unos se subordinan a otros.

En ese marco, los '60s y los '70s del siglo pasado están marcados por la movilización de poblaciones rurales en toda América Latina que comienzan a cuestionar los modos de producción, el acceso a los alimentos, la tenencia del suelo e, incluso, la territorialidad. Desde sectores trabajadores campesinos y organizaciones no gubernamentales se instala y divulga la idea de seguridad alimentaria. No obstante, estas tramas sociales se desarman durante los períodos dictatoriales que se dan en la región en las décadas sucesivas.

Si bien con el retorno democrático muchas de éstas se restituyen, el modelo continúa avanzando ampliamente. Particularmente en Argentina, luego del retorno democrático definitivo, se suceden diversos escenarios propicios para el desarrollo del modelo exportador de oleaginosas (conjunto de políticas neoliberales estatales; avances tecnológicos; situación geopolítica estratégica; entre otras) que transforman aceleradamente los paisajes vinculados a las actividades rurales en distintos territorios del país, como también se incrementan numerosos impactos en el hábitat común y todos los modos de vida que lo conforman.

Este contexto conduce a una reestructuración territorial, especialmente en los principales polos vinculados a la producción agrícola. La población urbana crece aceleradamente a expensas de la rural y muchos militantes exiliados o trabajadores desplazados tienden a localizarse en las grandes ciudades llevando consigo diversos saberes. Es así, que en la década de 1990 también se reconocen otros modelos productivos que surgen desde distintos ámbitos vinculados a movimientos agrarios. Éstos reivindican la soberanía alimentaria, teniendo también amplia repercusión en los entornos urbanos albergando un gran potencial para cambiar de escala y diseminarse desde ámbitos más visibles.

Un caso de referencia es el proceso de la Región Metropolitana de Rosario (principal polo exportador sojero de Argentina), especialmente por las primeras iniciativas de agricultura urbana en su ciudad cabecera. Allí, se entrelazan las ideas de agroecología, las luchas por la seguridad alimentaria y los movimientos sociales urbanos, generando una red densa y poderosa

* Centro Universitario Rosario de Investigaciones Urbanas y Regionales (CURDIUR) – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y Universidad Nacional de Rosario (UNR)

** Centro Universitario Rosario de Investigaciones Urbanas y Regionales (CURDIUR) – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y Universidad Nacional de Rosario (UNR)

que le da forma al Programa de Agricultura Urbana de Rosario (PAU). Este no solo se instala como política pública, sino que resulta una referencia para otras localidades vecinas y en otras escalas de producción, teniendo los proyectos del Cinturón Verde de Rosario y de Cinturones Verdes Periféricos para otras localidades provinciales en curso. La presente ponencia se propone indagar sobre esta experiencia, ya que su desarrollo resulta representativo de casos de trabajo que prefiguran caminos alternativos, que posibiliten el desarrollo de un nuevo paradigma más sostenible. En la primera parte del trabajo se abordará brevemente la conformación del concepto y la lucha por la soberanía alimentaria, así como sobre la agroecología como camino operativo posible. Luego se abordarán las transformaciones en los modos de producción en Argentina y su impacto territorial, incluyendo la producción agrícola en las ciudades, y haciendo foco en el caso de la Región Metropolitana de Rosario. Por último, se abordará la construcción del modelo rosarino desde el retorno democrático hasta la actualidad, que prefiguran algunas reflexiones sobre la mencionada experiencia y un camino futuro posible hacia prácticas agroalimentarias más sostenibles e inclusivas.

La lucha por la soberanía alimentaria: la agroecología como camino posible

Entre las décadas de 1950-1960 se da inicio a la denominada Revolución Verde, a través de la cual se suceden profundos cambios en los sectores agropecuarios, por la intensificación de la producción posibilitada por la implementación de numerosas tecnologías, como, por ejemplo, la utilización de fertilizantes y plaguicidas, mecanización, bioingeniería, entre otros. En América Latina tiene un impacto particular dada la dependencia económica que implica el modelo, especialmente a través de corporaciones transnacionales de Estados Unidos. Desde ese período se registra un fuerte rol de los países capitalistas en el proceso de industrialización agrícola latinoamericano como parte de una estrategia de revitalización capitalista mundial, esto se sucede a través de múltiples mecanismos como, por ejemplo, de instituciones como el Banco Mundial o las Fundaciones Ford y Rockefeller que aportaron la divulgación de técnicas y métodos para incrementar los rendimientos de la agricultura y la productividad en los países del Sur global.

Esta “revolución”, bajo el lema de eliminar el hambre y las necesidades latinoamericanas, paradójicamente profundizó las desigualdades y estimuló la concentración de la tierra, endeudando campesinos, deteriorando el ambiente e incrementando la deuda externa a los países donde se ha implementado. Es así, que desde mediados del siglo XX, ya se sucede la incorporación del capitalismo en el agro, la dependencia con la industria de las actividades agropecuarias, de las compañías transnacionales y de la utilización de la tecnología para incrementar la productividad, condiciones que se profundizan ampliamente en lo que se puede denominar la nueva revolución verde caracterizada por los cultivos transgénicos (Segrelles Serrano, 2005).

En la década de 1990 se instaura una nueva etapa caracterizada por una revolución genética que articula la ingeniería con la biotecnología posibilitando profundas transformaciones de la productividad agrícola a escala global. Especialmente se enfoca en la modificación genética de organismos conocidos comúnmente como transgénicos que, a través de técnicas de laboratorio, se modifica su genoma, posibilitando múltiples combinaciones y así, características y propiedades novedosas (Ceccon, 2008), como, por ejemplo, el desarrollo de variedades de semillas resistentes a agroquímicos, especialmente herbicidas. Esto ha producido profundos cambios en el sistema alimentario, provocando la intensificación de monocultivos, como la soja transgénica en Sudamérica, ocasionando numerosos efectos e impactos. El reemplazo de un sistema agrario complejo por el monocultivo ha conducido a una crisis sistémica global que, en territorios desregulados, tuvo impactos más agresivos y rápidos ya que se apoyó en la

precarización laboral y la degradación ecológica. Este modelo, lejos de garantizar la seguridad alimentaria, ha ocasionado una situación límite debido a que por el beneficio de pocos grupos resulta cada vez más difícil garantizar la disponibilidad y el acceso a alimentos suficientes para las personas de las ciudades, que cada vez son más y con menos posibilidades (Degenhat, 2016).

Frente a estos procesos, desde los '70s se empiezan a movilizar ideas y acciones, especialmente en Latinoamérica y desde los sectores sociales más afectados como los rurales. Es así, que toman cada vez más fuerza organizaciones no gubernamentales de trabajadores campesinos, productores indígenas y familiares. En ese marco surge el concepto de agroecología, se posiciona como una de las alternativas al modelo hegemónico y se comienza a configurar como respuesta mediante el diseño y manejo sostenible de los agroecosistemas, desde una estrategia pluridisciplinar y pluri epistemológica, a través de formas de acciones sociales colectivas. La agroecología resulta una opción diferente a los procesos actuales de crisis ecológica y social, desde otras formas de producción y comercialización de alimentos y demás productos agroganaderos (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Esta corriente le da valor al conocimiento local, a las experiencias familiares, a los conocimientos indígenas y habilita la construcción de nuevos actores sociales¹ (Battocchio, 2021).

Estos configuran sobre todo expresiones de resistencia ideológica al modelo vinculadas a la defensa de la red de agricultura familiar y sus cosmovisiones, entendidas como base para la alimentación mundial con preservación de los entornos naturales bajo la premisa de que es la red que alimenta a la gran mayoría de la población mundial. De hecho, de acuerdo con el Grupo ETC (2017), la red de agricultura familiar abastece de alimentos al 70% de la población mundial trabajando sólo el 25% de la tierra con técnicas tradicionales, ya que el resto se destina principalmente a los monocultivos.

Estos movimientos, si bien no pueden avanzar durante los períodos dictatoriales en la región, con la segunda etapa del modelo agroalimentario dominante, en los '80s y '90s, muchos se fortalecen y contribuyen a transformar el concepto de Seguridad Alimentaria. A éste se le añade la idea del acceso a la alimentación, tanto económico como físico, cuestiones vinculadas a la inocuidad de la misma y a las preferencias culturales, y se reafirma como un derecho humano (FAO, 2011).

Así, se consolida el concepto de soberanía alimentaria como una contrapropuesta a la imponente mercantilización de los agronegocios que se producen en gran cantidad de países, ocasionando un dominio de la agricultura capitalista, la dependencia del mercado internacional de alimentos y un fuerte desbalance y desigualdad de distribución a escala global (León Vega, 2014). Frente a esta situación, en el 2001 se reúnen en La Habana (Cuba) 400 delegados de organizaciones diversas² de más de 60 países en el Foro Mundial sobre Soberanía Alimentaria, para analizar de manera conjunta el incremento del hambre y la malnutrición así como la crisis de la agricultura campesina, indígena, de alimentos sostenibles y la pesca artesanal, proponiendo alternativas viables y estrategias de acción que reviertan procesos en curso e impulsen nuevas políticas capaces de eliminar el hambre. En dicho contexto se define como soberanía alimentaria al “derecho de los pueblos a definir sus propias políticas y estrategias sustentables de producción, distribución y consumo de alimentos que garanticen el derecho a

¹ Se destacan entre ellos el movimiento brasileño MST -Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra- surgido en 1984 y la Vía Campesina, movimiento internacional que en 1992 empieza a hablar por primera vez de soberanía alimentaria.

² Mayormente conformados por organizaciones campesinas, indígenas, asociaciones de pescadores, organismos sociales, académicos e investigadores y organizaciones no gubernamentales.

la alimentación para toda la población, con base en la pequeña y mediana producción, respetando sus propias culturas y la diversidad de los modos campesinos, pesqueros e indígenas de producción agropecuaria, de comercialización y de gestión de espacios rurales, en los cuales la mujer desempeña un papel fundamental” (Foro Mundial sobre Soberanía Alimentaria, 2001: 4-5).

De este modo, el concepto de soberanía alimentaria introduce nuevas dimensiones al de seguridad, fundamentalmente reconoce las relaciones de poder en los eslabones de la cadena alimentaria y el rol de la propiedad del suelo y contempla los modos de producir asociados a la cultura o al cuidado de la naturaleza, así como a la definición de políticas para ello (Gordillo & Méndez Jerónimo, 2013). En ese sentido, y frente a la lucha por conseguir la soberanía alimentaria, la agroecología se presenta como un cambio posible que puede dar respuesta al amplio abanico de aspectos que requiere atender este concepto reciente.

Siguiendo a Altieri y Nicholls (2012), la agroecología posibilita el mayor provecho de los procesos naturales a fin de reducir la utilización de insumos externos, logrando sistemas agrícolas más eficientes, para lo cual utiliza conceptos y principios ecológicos para el diseño y el manejo de dichos agroecosistemas. Uno de los principios clave de la agroecología justamente es la biodiversidad, dado que potencia la efectividad de la productividad, frente a los importantes efectos de la complementariedad de especies (de plantas y animales), permitiendo un mejor aprovechamiento de los recursos del suelo, la luz solar, la regulación de plagas, etc. Como explica Jorge Wagensberg, la diversidad resulta clave y el valor está en su conjunto, dado que cuanto más extensa sea, más soluciones pueden encontrarse, “es como un patrimonio de soluciones *a priori*” (Martínez Alíer y Wagensberg, 2017: 26). Justamente, la tendencia al monocultivo elimina dichas posibilidades.

En América Latina la diversidad de saberes, producto de la gran heterogeneidad del campesinado, han posibilitado un proceso de expansión agroecológica basado en un nuevo paradigma científico-tecnológico caracterizado en innovaciones *in situ*, desde el conocimiento de cada territorio en particular y con la participación de los agricultores desde una perspectiva horizontal, con tecnología flexible para adaptarse y responder a cada situación en particular (Altieri, 2011). Las experiencias agroecológicas registradas en numerosos países latinoamericanos constituyen un bagaje cognoscitivo de gran relevancia para poder abordar la crisis de los modelos hegemónicos de producción de alimentos y reconducir hacia otros caminos posibles.

El cambio en los modos de producción y la agricultura urbana en Argentina

Desde fines de la década del ‘60 e inicios de la década del ‘70, en el marco del desarrollismo en Argentina se promueve la industrialización y la inversión extranjera, posibilitando un crecimiento de los complejos agroindustriales en diversas regiones, que ocasiona fuertes cambios en el espacio agrario y las dinámicas campesinas. En dicho contexto, especialmente en el nordeste del país se crean las llamadas Ligas Agrarias, las cuales consisten en organizaciones que representan las demandas de los grupos campesinos ligados a las agroindustrias. En los años siguientes, se profundizan las acciones de la ya mencionada Revolución Verde, dado que se impulsa el desarrollo tecnológico (con nuevas variedades de cereales e introducción de híbridos, entre otras técnicas), mayor apertura a mercados externos y políticas estructurales de ajuste. Justamente, gran parte de estas medidas se desarrollan durante gobiernos dictatoriales, con gran concentración de poder y disciplinamiento social: “En este contexto, las Ligas Agrarias fueron objeto de represiones desde 1975 y fundamentalmente

durante la última dictadura militar, cuando fueron desarticuladas y sus principales dirigentes sufrieron el encarcelamiento, la desaparición y el exilio” (Calvo y Percíncula, 2012).

Luego del retorno democrático definitivo en Argentina, si bien se sucede la profundización del modelo de agronegocios; también así, se posibilita el resurgimiento y fortalecimiento del activismo campesino. Como explican Barbetta y Domínguez (2016), desde ese momento se reconocen dos períodos que abonan a la construcción del derecho a la tierra. Uno en el que se reivindica la identidad campesina y los derechos de posesión, y otro donde se amplía el sentido de dicho derecho a una perspectiva campesina global, asociada por ejemplo al reclamo de la soberanía alimentaria y la agroecología como alternativa, así como la legislación internacional: “pocos años después de la vuelta a la democracia en Argentina, las poblaciones rurales se organizaron para resistir las acciones de gobiernos locales, provinciales y nacionales; terratenientes, empresas nacionales y transnacionales, y evitar el despojo de sus tierras, que silenciosamente debieron soportar durante la dictadura militar” (Barbetta y Domínguez, 2016: 10). Sin embargo, a pesar de la reorganización de nuevos movimientos agrarios en distintas provincias, que reclaman el acceso a la tierra y proponen iniciativas alternativas, la ya mencionada nueva revolución verde impacta de manera estructural en Argentina, configurando uno de los modelos neo extractivistas más paradigmáticos de la contemporaneidad: el modelo sojero.

En los ‘90s, la implementación de políticas neoliberales y de desregulación, junto a la implementación de nuevas tecnologías (como la aprobación y liberación al mercado de la semilla transgénica RR resistente al herbicida Glifosato) y otros factores geopolíticos económicos, posibilitaron que la Argentina se consolide como ámbito estratégico agroexportador de oleaginosas. En otras palabras, se estableció un marco estatal sumamente facilitador para el desarrollo y expansión del monocultivo de soja. A través de la desregulación y la privatización de sectores clave, se tendió a la concentración de exportaciones en muy pocos capitales, mayormente transnacionales, tendiendo a que el neo-extractivismo agrario resultase política de Estado nacional (Galimberti y Ciarniello, 2023). A su vez, el paquete tecnológico sin regulación vino acompañado por “procesos de salinización y desertificación de los suelos, aumento de la escasez del agua, contaminación química y la concentración de germoplasma en el sector privado” (Gárgano, 2022: 19-20), ocasionando profundos impactos socioambientales. Sin embargo, simultáneamente el Estado, la ciencia y las empresas han jugado un rol fundamental en la legitimación del modelo definido por sus intereses (Gárgano, 2020); dado que, la legitimación social de dicho modelo se ha vuelto fuerte porque, “existe un imaginario social de bonanza y crecimiento económico asociado históricamente al modelo agroexportador” (Svampa & Viale, 2017: 31).

Este proceso, marca al igual que en otros contextos nacionales, una fuerte reestructuración territorial que se profundiza notablemente en este segundo momento. Implica la expulsión de gran cantidad de trabajadores rurales y el crecimiento acelerado de las principales ciudades, que conduce a la dispersión de las tramas sociales vinculadas a la lucha por la soberanía alimentaria. Muchas personas que trabajaban en los ámbitos rurales, sobre todo de las provincias del norte del país como Chaco, Corrientes o Santiago del Estero, migran a las ciudades centrales asociadas al modelo agroexportador que prometen desarrollo y mayores oportunidades. Asimismo, militantes de las ligas agrarias que habían estado exiliados son alojados allí, ya que sus lugares de origen están completamente modificados y vacíos de sus antiguos compañeros. Es así como las ideas vinculadas a la agroecología y a la soberanía alimentaria colman las ciudades y comienzan a mezclarse con las actividades de organizaciones sociales que luchan contra el hambre o defienden los derechos de los desocupados, cada vez más frecuentes en este tiempo.

De este modo, la agricultura vuelve a tener sitio en las áreas urbanas, especialmente en las grandes ciudades del centro del país como alternativa de subsistencia y resistencia frente a los efectos del régimen agroalimentario neoliberal y la injusticia socioespacial. Generalmente son iniciativas pequeñas o familiares para el autoconsumo, acompañadas a nivel nacional por el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) que creó el programa ProHuerta³ y ocasionalmente por grupos profesionales que encuentran en esos espacios la oportunidad para difundir la agroecología como paradigma productivo alternativo. Si bien el programa nacional solo implica escasos aportes económicos, también reproduce los principios de la agroecología (aunque no es presentado en esos términos) (Cittadini, 2013).

Es así, que simultáneamente a estos fuertes cambios de los paisajes metropolitanos, también en los últimos años crecen sostenidamente las experiencias de prácticas agrícolas sin agrotóxicos: “en un país tan sojizado como Argentina –o precisamente por ello– se crearon redes de municipios y comunidades que fomentan la agroecología, proponiendo alimentos sanos, sin agrotóxicos, con menores costos y menor rentabilidad, que emplean más trabajadores. Un nuevo entramado agroecológico va surgiendo, un archipiélago de experiencias que buscan conectarse por puentes y pasarelas, al margen del gran continente sojero que hoy aparece como el modelo dominante, basado en el cultivo transgénico para la exportación. Aunque son modestas, de carácter local y limitado, siempre acechadas por la vulnerabilidad, la posibilidad de cooptación, estas experiencias de autoorganización van dejando su huella a través de la creación de un nuevo tejido social, un abanico de posibilidades y experiencias que es necesario explorar y potenciar” (Svampa, 2019: 114).

Esos procesos se ven reflejados fuertemente en Rosario, ámbito que atraviesa una profunda transformación de su paisaje metropolitano, dado que en las últimas décadas se posiciona como el principal nodo agroexportador del país y uno de los principales del mundo. Por ejemplo, en el año 2019 por los puertos del Gran Rosario se exportaron 79 millones de toneladas de granos y derivados, superando a otros centros de relevancia global como New Orleans en Estados Unidos y Santos en Brasil. Se destaca, a su vez, que más del 50% de la producción de los principales seis cultivos del país (soja, maíz, trigo, cebada y sorgo) se encuentran a 300 Km de los Puertos Rosarinos y, si solo focalizamos en el cultivo de soja, dicho porcentaje se eleva a más del 60% (Calzada y Corina, 2019). Estos altos niveles de producción y exportación ocasionan una gran diversidad de impactos, ya sea por los incrementos de graves problemas de salud, los conflictos vinculados a la movilidad de cargas, la incompatibilidad de usos dado el crecimiento disperso de áreas urbanas sobre territorios rurales, entre otros.

Dicho contexto posibilita el desarrollo de redes que conducen a que la experiencia de Rosario sea reconocida por la FAO como una de las 10 ciudades verdes del mundo por su trayectoria en el tema (FAO, 2014). Allí coinciden un grupo de profesionales militantes en entornos empobrecidos con migrantes del norte del país que habían participado de las luchas agrarias y estaban instalando las huertas en la ciudad y cuentan con el apoyo de movimientos sociales de base. Esta es la raíz del proceso que se pone en foco en este trabajo.

Las nuevas alternativas desde la recuperación definitiva democrática: el caso de la Región Metropolitana de Rosario.

Tras el retorno democrático definitivo en 1983, Rosario se constituye como uno de los núcleos urbanos más importantes de la Argentina. No obstante, hacia fines de dicha década el país atraviesa un período de gran inflación con intensas olas de protestas sociales y la ciudad se

³ Se creó en 1990 entre el Ministerio de Desarrollo Social y el INTA para la promoción y acompañamiento de la autoproducción de alimentos.

constituye en uno de los epicentros del conflicto. En ese marco se registra un proceso de desindustrialización metropolitana que ocasiona el incremento del desempleo y la precarización laboral. Frente al gran malestar social, se reconocen numerosas iniciativas que reaccionan ante dicho contexto y buscan contribuir a la soberanía alimentaria.

En el inicio de la producción hortícola en la ciudad se reconocen los aportes de dos referentes. Por un lado, de Lucho Lemos, referente barrial que inicia su recorrido en las Ligas Agrarias correntinas, y del ingeniero agrónomo Antonio Lattuca, quien tiene una búsqueda personal respecto a la producción agroecológica y una historia de militancia durante la dictadura que lo conducen a construir huertas en los barrios populares de la ciudad. El encuentro de sus trayectorias contribuye a la construcción de un largo proceso colectivo vinculado a la agricultura urbana en Rosario.

Lemos se exilia durante el último período dictatorial y al regresar al país en 1982 encuentra un espacio y un tejido social diferente al que había dejado. En ese sentido expresa: “Me fui a Corrientes y cuando me asenté, me quedé ahí, no estaban más ninguna de las gentes que fueron compañeros, que organizábamos el barrio, la zona, el campo, la siembra, las cosechas. Qué pasó con los Rodríguez... están en Rosario, en Villa Gobernador Gálvez, y qué pasó con fulano están en Bs As y con ... están en Córdoba en un campo ... y con ... están en Corrientes capital, y un desbande total (sic)” (citado por Mariani, 2014: 142). Así fue como en el 1985 se asienta en un barrio del sur de Rosario donde están algunos de sus familiares y compañeros de otras provincias, y con todos sus conocimientos y convicciones, comienzan a construir huertas comunitarias para afrontar la pobreza del momento.

A partir de allí, entre vecinos del barrio se forma la Cooperativa Saladillo Sur y se comienza a trabajar en distintos sentidos de manera autogestiva para mejorar el hábitat. Allí, la gran mayoría de habitantes anteriormente habían sido trabajadores rurales en Entre Ríos, Chaco o Formosa, reconociendo un gran bagaje cognoscitivo. Esto se incorpora al desarrollo de las primeras huertas comunitarias de la ciudad, las huertas impulsadas por la cooperativa no sólo logran aportar alimentos de calidad y suficientes, sino además tener excedentes para iniciar actividades económicas. Asimismo, a partir de eso se gesta el primer documento municipal⁴ que habilita el uso de la tierra.

Por su parte, el ingeniero Lattuca desde su militancia barrial encuentra en esta organización un motor para impulsar sus ideas. Junto con otros colegas constituye en los primeros años del '90 una organización de promoción de la agroecología como modelo de desarrollo alternativo, que se llamó Centro de Estudios para la Producción Agroecológica (CEPAR), y más adelante se consolida como ONG. Ésta, además, funciona como articuladora entre el Estado municipal y diversas instituciones y organismos internacionales que contribuyen a darle gran impulso a las iniciativas en curso.

El encuentro de estos empujes, con motivaciones distintas, marca el inicio de un trabajo colectivo de muchos años, un proceso de coproducción y difusión de saberes agroecológicos donde la usurpación pacífica del suelo ocioso, como lo llaman los vecinos, se legitima al mismo tiempo que se constituye un colectivo con identidad huertera que funciona en red en distintos barrios de la ciudad (Mazzuca et al., 2009).

En los años siguientes, el proceso continúa creciendo, sumando participantes diversos y nuevas experiencias. Especialmente a comienzos del siglo XXI se registran nuevos cambios y características, dada la complejización de la situación social, económica y política del país que

⁴ Con la Ordenanza N°4713/1989, se habilita la producción hortícola y se ofrecen instrumentos para la cesión de usos de terrenos.

ocasionaron que el gobierno local enfrente otras demandas. La red hortícola (que ya era sólida), adquiere carácter de política pública con la creación del Programa de Agricultura Urbana de Rosario (PAU)⁵, el cual se sigue sosteniendo en la actualidad y ha estado coordinado por Lattuca desde sus inicios hasta el 2020. Este programa busca integrar las experiencias multiactorales que existían con el objetivo de garantizar el acceso a alimentos saludables y la tenencia segura del suelo. El Estado municipal tiene el rol de alojar las demandas, aportar herramientas y sistematizar la capacitación en agricultura orgánica (Lattuca, 2011). El PAU genera un considerable impulso a una actividad que surge de la movilización social y logra conjugar distintos intereses, entre los que están la voluntad de incidir en el modelo agroalimentario hegemónico.

La evolución del programa es exponencial y muy reconocida, a la propuesta inicial se incorporan distintas áreas municipales e instituciones que suman que le aportan gran complejidad a la experiencia, y desde las que se gestionan fondos y se arma la base sobre la que se sostiene el programa. En ese marco se consolida un banco municipal de suelos “no construibles”, adelantando un marco normativo para el uso permanente de la tierra, así como una gran cantidad de espacios productivos de manera participativa e innovadora. Con respecto a los resultados concretos de la experiencia, son numerosos los estudios que reconocen desde el impacto en el mejoramiento de cuestiones ambientales, hasta en la transformación del paisaje barrial o en la generación de sistemas de alimentación y movilidad alternativos (Lattuca et al., 2007). En función de ello es que logra ganar numerosos reconocimientos internacionales⁶.

Todo este proceso vinculado a la agricultura urbana tiene gran influencia del “anhelo que tenía tanto Antonio como Lucho en relación a la práctica organizativa [que] se articulaba con esas trayectorias previas de militancia y que tenían como horizonte, en parte, los procesos revolucionarios latinoamericanos y su relación con la tenencia y trabajo de la tierra” (Lilli, 2023: 98). A pesar de que la experiencia luego se resignifica en el territorio, construyendo algo distintos a lo que podrían haber imaginado en un principio (Lattuca, 2011), la impulsaba las mismas motivaciones iniciales. Como afirma Lemos: “hoy lo vemos en la agricultura urbana y que estamos peleando por las mismas causas” (citado por Mariani, 2014: 140).

Si bien se reconocen cuestionamientos sobre estos espacios productivos respecto a que muchas veces no constituyen un aporte real a la soberanía alimentaria por su baja productividad o su corto alcance (Ávila Sánchez, 2019), sobre la titularidad de la tierra o la inserción de la producción en los mercados barriales (Ciarniello, 2022); aun así, contribuyen significativamente a la subsistencia familiar y logran generar redes solidarias, impulsando numerosas experiencias similares en otras localidades del área metropolitana y que, asimismo, tienen potencial dinamizador para su implementación en otras escalas. En este sentido, se destaca que en el año 2016 se presenta el Proyecto de Cinturón Verde de Rosario (PCVR) como continuación y complementación de la política pública instalada con el PAU. Su objetivo principal es acompañar la transición agroecológica en el periurbano de la ciudad (Terrile et al., 2019). Además, desde el año 2017 la provincia de Santa Fe cuenta con un proyecto similar para la construcción de cinturones verdes periféricos para cualquier municipio impulsado por el mismo equipo técnico (Arroyo, 2018). Este podría ser un caso concreto respecto al impulso

⁵ El PAU se crea en el 2002 desde la Secretaría de Promoción Social de la Municipalidad, en articulación con el CEPAR y el ProHuerta.

⁶ El último de ellos es en el año 2021, cuando el programa recibe el premio mundial *WRI Ross Center Prize for Cities*, por su aporte a la construcción de una ciudad más sostenible, seleccionado entre 262 propuestas de 54 países.

que Svampa (2019) identifica en este tipo de experiencias que podrían infiltrarse desde los bordes territoriales hasta el centro de los campos.

Reflexiones finales

El modelo agroalimentario dominante, a partir de la “Revolución Verde” tuvo como principales objetivos combatir el hambre y aportar al crecimiento económico de determinados grupos. Sin embargo, contribuyó en gran medida a acelerar el proceso de degradación social y ecológica, que nos ubica en una crisis sistémica como humanidad. Sobre todo, en Latinoamérica, esto ha sido el germen para impulsar luchas campesinas, movimientos por la agroecología y organizaciones vinculadas a la producción de la tierra que reclaman por la soberanía alimentaria (inicialmente vinculadas a los ámbitos rurales). Estas motivaciones construyeron redes sociales que se intentaron romper durante las últimas dictaduras militares en la región, generando su dispersión por algún tiempo y construyendo bases para que el modelo siga avanzando y profundizando.

Al igual que en otros países esto se registra en Argentina, sin embargo, con la restauración definitiva de la democracia, en este país dichas tramas se reconstruyeron y empoderaron con mayor fuerza en los ámbitos urbanos. Sus ideas de base alcanzaron las ciudades en donde la agricultura también tomó cada vez más relevancia como estrategia de subsistencia frente a la crisis actual. Es así que se han generado experiencias transformadoras como la que se reconoce en la localidad de Rosario.

La agroecología y los movimientos por la soberanía alimentaria que tienen un sentido contrahegemónico mayormente han surgido desde la militancia o mediante un posicionamiento reaccionario; sin embargo, escalonadamente y a paso firme han ido ganando terreno, ocupando los ámbitos urbanos e incorporándose a espacios de gestión. Incluso van diseminándose a nuevas escalas con gran potencia. Por ejemplo, en Rosario, el proceso que comienza con las huertas comunitarias no solo logra institucionalizarse e ingresar en la planificación local, sino que además alcanza actualmente el suelo periurbano de la ciudad a través del PCVR y otras localidades.

En este sentido, con objetivos que pueden parecer difíciles de conseguir frente a la abrumadora fuerza del modelo agroalimentario hegemónico, es posible establecer metas alcanzables a partir de la observación y revisión de casos positivos. Se destaca la temporalidad de los procesos y la importancia de su construcción continua y sostenida en el tiempo. Experiencias como la rosarina ofrecen herramientas concretas en pos de un modelo más sostenible, por ejemplo, a través de la gestión participativa de los espacios y el trabajo transdisciplinar o la definición de usos de suelo; involucrando a los actores intervinientes de manera integral en todas las etapas del proceso.

Referencias bibliográficas

Altieri, M.A. 2011 “La revolución agroecológica en América Latina. Sociedad latinoamericana de agroecología SOCLA 2011”. Versión al español del artículo Altieri, M. & Toledo, VM 2011 “The agroecological revolution of Latin America: rescuing nature, securing food sovereignty, and empowering peasants” en *The Journal of Peasant Studies*, 38 (3).

- Altieri, M.A. y Nicholls, C.I. 2012 “Agroecología: Única esperanza para la soberanía alimentaria y la resiliencia socioecológica” en *Agroecología* 7 (2), 65-83. <https://revistas.um.es/agroecologia/article/view/182861/152301>
- Arredondo Garrido, D. 2014 *Agricultura en la ciudad: de la utopía a la conciencia de lugar*. Tesis doctoral (Granada: Universidad de Granada). <http://hdl.handle.net/10481/30892>
- Arroyo, L. 2018 “Cinturones verdes periféricos: una conquista ecológica para la concentración urbana” en *Agrofy News*. <https://news.agrofy.com.ar/noticia/173695/cinturones-verdes-perifericos-conquista-ecologica-concentracion-urbana>
- Ávila Sánchez, H. 2019 “Agricultura urbana y periurbana: Reconfiguraciones territoriales y potencialidades en torno a los sistemas alimentarios urbanos” en *Investigaciones geográficas*, 98. [dx.doi.org/10.14350/rig.59785](https://doi.org/10.14350/rig.59785)
- Barbetta, P. y Domínguez, D. 2016 “Derecho a la tierra y activismo rural en Argentina: de las Ligas Agrarias a los Movimientos Campesinos” en *Revista Alternativa* 6, 1-26.
- Battochio, P. 2021 *Agroecología y ecofeminismo para alcanzar una soberanía alimentaria*. (Rosario: UNR editora).
- Calvo, C. y Percíncula, A. 2012 “Ligas Agrarias en Chaco y Corrientes. Experiencias de organización campesina en contextos de transformación territorial” en *De prácticas y discursos*, 1 (1).
- Ceccon, E. 2008 “La revolución verde tragedia en dos actos” en *Ciencias*, 1 (91), 21-29. <https://www.redalyc.org/pdf/644/64411463004.pdf>
- Ciarniello, L. 2022 *Emergencias de lo Oculto: Más allá de la agricultura urbana en Molino Blanco*, Rosario. [Tesis de maestría]. (Rosario: UNR editora)
- Cittadini, R. 2013 “Limitaciones y potencialidades de la Agroecología: enseñanza de una experiencia a gran escala basada en los principios de la agroecología, el Pro Huerta en Argentina” en Frédéric Goulet, Danièle Magda, Nathalie Girard et Valeria Hernandez (Eds.) *La Agroecología en contexto: Cruce de miradas entre Argentina y Francia* (Ediciones INTA).
- Degenhart, B. 2016 “La agricultura urbana: un fenómeno global” en *Nueva Sociedad*, 262, 133-146.
- ETC Group 2017 “¿Quién nos alimentará? La red campesina alimentaria o la cadena agroindustrial” en ETC Group, 12.
- FAO 2011 *Seguridad alimentaria y nutricional. Conceptos básicos*. (PESA).
- FAO 2014 *Ciudades más verdes en América Latina y el Caribe. Un informe de la FAP sobre la agricultura urbana y periurbana en la región*. (FAO).
- Foro Mundial sobre Soberanía Alimentaria 2001 *Declaración Final del Foro Mundial Sobre Soberanía Alimentaria* (La Habana, Cuba, 7 de septiembre de 2001). https://www.fuhem.es/media/ecosocial/file/Boletin%20ECOS/ECOS%20CDV/Bolet%C3%A9n%204/dec_final_foro.pdf
- Galimberti, C. y Ciarniello, L. 2023 “Debates en Torno a la Crisis Ambiental y al Neextractivismo Agrícola. Historia y Posibles Alternativas de las tensiones en los paisajes intermedios en el Gran Rosario (Argentina)” en HALAC.
- Gárgano, C. 2020 “Problemáticas socioambientales, expertos y encrucijadas en el campo argentino” en *Letras Verdes*, 28: 49-66. <https://doi.org/10.17141/letrasverdes.28.2020.4426>

- Gárgano, C. 2022 El campo como alternativa infernal. Pasado y presente de una matriz productiva ¿sin escapatoria? (Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi).
- Gordillo, G. y Méndez Jerónimo, O. 2013 Seguridad y soberanía alimentaria. Documento base para discusión (FAO).
- Lattuca, A. et al. 2007 “Hacia una agroecología urbana: crítica a la sociología de la agricultura desde la praxis del movimiento huertero de la ciudad de Rosario en el sur de Santa Fe, Argentina” en Revista Brasileira de Agroecología, 2 (1), 1828-1831.
- Lattuca, A. 2011 “La agricultura urbana como política pública: el caso de la ciudad de Rosario, Argentina” en Revista Agroecología n° 6. <http://revistas.um.es/agroecologia/article/view/160711>.
- León Vega, X. A. 2014 “Transgénicos, agroindustria y soberanía alimentaria” en Letras Verdes. Revista Latinoamericana de Estudios Socioambientales, 16, 29-53. <https://doi.org/10.17141/letrasverdes.16.2014.1235>
- Lilli, L. M. 2023 “La trama de la agricultura urbana: trayectoria de vida de un militante local (Rosario, Argentina)” en kult-ur, 10 (19). <https://doi.org/10.6035/kult-ur.7363>
- Martinez Alier, J. y Wagensberg, J. 2017 Solo Tenemos un planeta. Sobre la armonía de los humanos con la naturaleza (Barcelona: Icaria).
- Mazzuca, A. et al. 2009 La agricultura urbana en Rosario: balance y perspectivas (IPES).
- Segrelles Serrano, J. A. 2013 “El problema de los cultivos transgénicos en América Latina: una "nueva" revolución verde” en Entorno Geográfico, (3). <https://doi.org/10.25100/eg.v0i3.7592>
- Sevilla Guzmán, E. y Soler Montiel, M. M. 2010 “Agroecología y soberanía alimentaria: alternativas a la globalización agroalimentaria” en Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico (Ed.), Patrimonio cultural en la nueva ruralidad andaluza (Sevilla: Junta de Andalucía. Consejería de Cultura).
- Svampa, M. 2019 Las fronteras del neoextractivismo en América Latina. Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias (Alemania: CALAS).
- Svampa, M. y Viale, E. 2017 “Continuidad y radicalización del neoextractivismo en la Argentina” en Voces en el Fénix, 60. 26-35. <https://vocesenelfenix.economicas.uba.ar/continuidad-y-radicalizacion-del-neoextractivismo-en-la-argentina/>